



CAPES
CONCOURS EXTERNE ET CAFEP

Section : langues vivantes étrangères: espagnol

Première épreuve d'admission

Leçon portant sur les programmes des classes de collège et de lycée

Epreuve d'admission n°1

Leçon

Le dossier suivant est composé de trois documents :

- 1. Documento 1:** Un extrait du roman de Alejo Carpentier, *El arpa y la sombra*, 1979.
- 2. Documento 2:** Un extrait d'un article d'Eduardo Galeano, publié dans *Brecha* (hebdomadaire uruguayen) le 7 octobre 2005.
- 3. Documento 3:** Une représentation iconographique de la découverte des Amériques : Lithographie de Currier & Ives (1892), copie d'un tableau de Dióscoro Puebla, peintre espagnol, "Primer desembarco de Cristóbal Colón en América", 1862

I. EN ESPAÑOL. Analice el documento 1.

II. EN FRANÇAIS. Vous proposerez des pistes d'exploitation didactique et pédagogique **de l'ensemble du dossier, en associant**

- le document 1 de la ligne 37 « *Lento, al comienzo fue mi discurso* » à la fin du texte
- le document 2 en entier
- le document 3

1. Objectifs culturels. À quelle(s) notion(s) des programmes (de collège ou de lycée) et à quel niveau de classe entendriez-vous rapporter votre projet ? Quelles connaissances spécifiques de la culture hispanique ces documents vous permettraient-ils de transmettre ? Quel regard chaque document permettrait-il de porter sur le thème abordé ?

2. Activités langagières. Dans quel ordre étudieriez-vous les documents de ce dossier ? Pourquoi ? Quelle succession d'activités langagières prévoiriez-vous (CE, EOC, EOI, EE) ? Sous quelle forme ? Quels niveaux de l'échelle du *CECRL* envisageriez-vous, en réception et en production ?

3. Objectifs linguistiques. Sur quels éléments linguistiques prendriez-vous appui pour faciliter la compréhension des documents ? Quelles connaissances linguistiques le dossier permettrait-il de faire acquérir ou réactiver ?

DOCUMENT 1

***El arpa y la sombra*, última novela publicada del autor cubano Alejo Carpentier (1904-1980), aborda la figura de Cristóbal Colón desde la perspectiva crítica de la llamada “nueva novela histórica.”, cuya dimensión central es la puesta en crisis del discurso histórico. En la contraportada de la primera edición, el autor indica: “no es oficio del poeta (o digamos: del novelista) el contar las cosas como sucedieron, sino como debieron o pudieron haber sucedido”.**

Y llegóme el día. Día de fiesta en toda Barcelona. Como feriante que entra en castillo trayendo grande espectáculo, entré yo en el palacio donde se me aguardaba, seguido de mi gran compañía de Retablo de las Maravillas de Indias —primer espectáculo de tal género presentado en el gran teatro del universo—, compañía que quedó en una recámara, formada en un orden determinado desde hacía
5 varios días, habiendo yo mismo dirigido los ensayos y colocado los personajes. Escoltado por heraldos y ujieres entré en la regia estancia donde se hallaban Sus Majestades, lentamente, solemnemente, a paso de vencedor, sin perder el tino ni deslumbrarme ante el fasto de los atuendos y los aplausos que me saludaron —entre los cuales sonaban, particularmente gratos, los de tantos arrepentidos, en esta
10 hora, de haber sido enemigos míos alguna vez. Mi brújula y faro, en este andar sobre el tapiz carmesí que llevaba rectamente al estrado real, era el semblante de mi soberana, iluminado, en este momento, por la más inefable sonrisa. Después de que hubiese besado las regias manos, se me hizo sentar —a mí, el raro genovés, genovés de raíces ocultas y abolengo que yo solo me sé...—entre Castilla y Aragón, abrióse nuevamente, de par en par, la gran puerta de entrada, y, llevados en alto, entraron los Trofeos. En anchas bandejas de plata —muy anchas para que las muestras pareciesen más
15 numerosas—, el ORO: oro en trozos brutos, casi del tamaño de una mano; oro en diminutas mascarillas; oro en figulinas debidas, sin duda, a alguna idolatría que por ahora tendría el buen cuidado de callarme; oro en cuentecillas, oro en pepitas, oro en diminutas placas —no tanto oro, en realidad, como yo lo hubiese deseado—; oro que me parecía poco oro, de pronto, muy poco oro, junto a los adornos, blasones y recamados que me rodeaban, junto a los paños dorados, a las mazas de los
20 maceros, a los áureos bordados del dosel —poco oro, al fin. Oro de un primer brote, por el cual podía columbrarse que tras del oro primero habría más oro, más oro, más oro... Pero ahora entraban los indios —llamados por el silbato de leonero, de cómitre, que me servía para ordenarles que hiciesen esto o aquello...—, llevando en las manos, en los hombros, en los antebrazos, todos los papagayos que me quedaban vivos y que eran más de veinte —tremendamente agitados en esta oportunidad por el
25 movimiento y las voces de los presentes (...). Y cuando los indios se hubieron arrodillado ante Sus Majestades, gimientes y llorosos, tiritantes y atarantados (pidiendo que los librasen del cautiverio en que yo los tenía aherrojados, y que los devolvieran a sus tierras, aunque yo explicara que estaban emocionados y temblorosos de felicidad por verse prosternados ante el trono de España), entraron algunos marinos míos, trayendo pieles de serpientes y de lagartos de tamaño desconocido acá, además
30 de ramas, hojas secas, vegetaciones marchitas, las cuales mostré como ejemplo de especias valiosas, aunque nadie tuviese ojos para mirarlas, tan fijos estaban en los indios postrados —que seguían llorando y gimiendo— y sus papagayos verdes, que, sobre la real alfombra carmesí empezaban a

vomitarse el mucho morapio tragado. Viendo que el espectáculo se me estaba echando a perder, hice salir a los indios con sus aves, y a los marineros con sus plantas, y, poniéndome de pie, de cara a Sus Majestades, y de medio perfil para la brillante concurrencia que llenaba la estancia —donde reinaba, hay que decirlo, un sofocante calor, agriado por el olor del resudado sudor de terciopelos, sedas y rasos— empecé a hablar. Lento, al comienzo, fue mi discurso, narrando las peripecias del viaje, el arribo a las Indias, el encuentro con sus pobladores. Evoqué, para describir las comarcas, las bellezas de las más celebradas comarcas de España, las dulzuras —yo sé por qué— de las campiñas de Córdoba, aunque se me fue la mano, ciertamente, cuando equiparé los montes de la Española con las cimas del Teide. Narré cómo había visto tres sirenas, un día 9 de enero, en lugar muy poblado de tortugas —sirenas feas, para decir la verdad, y con caras de hombres, no tan graciosas, musicales y retozonas como otras que yo hubiese contemplado de cerca, semejante a Ulises (¡tremendísima mentira!) en las costas de Malagueta. Y como lo importante es empezar a hablar para seguir hablando, poco a poco, ampliando el gesto, retrocediendo para dar mayor amplitud sonora a mis palabras, se me fue encendiendo el verbo, y, escuchándome a mí mismo como quien oye hablar a otro, empezaron a rutilarme en los labios los nombres de las más rutilantes comarcas de la historia y de la fábula. Todo lo que podía brillar, rebrillar, centellear, encenderse, encandilar, alzarse en alucinada visión de profeta, me venía a la boca como impulsado por una diabólica energía interior.

Alejo Carpentier, *El arpa y la sombra*, Siglo veintiuno editores, Madrid, mayo de 1979, 148-151.

DOCUMENT 2

¿Cristóbal Colón descubrió América en 1492? ¿O antes que él la descubrieron los vikingos? ¿Y antes que los vikingos? Los que allí vivían, ¿no existían?

Cuenta la historia oficial que Vasco Núñez de Balboa fue el primer hombre que vio, desde una cumbre de Panamá, los dos océanos. Los que allí vivían, ¿eran ciegos?

5 ¿Quiénes pusieron sus primeros nombres al maíz y a la papa y al tomate y al chocolate y a las montañas y a los ríos de América? ¿Hernán Cortés, Francisco Pizarro? Los que allí vivían, ¿eran mudos?

Nos han dicho, y nos siguen diciendo, que los peregrinos del Mayflower fueron a poblar América. ¿América estaba vacía?

10 Como Colón no entendía lo que decían, creyó que no sabían hablar.

Como andaban desnudos, eran mansos y daban todo a cambio de nada, creyó que no eran gentes de razón.

Y como estaba seguro de haber entrado al Oriente por la puerta de atrás, creyó que eran indios de la India. (...)

15 Los conquistadores exigían que América fuera lo que no era. No veían lo que veían, sino lo que querían ver: la fuente de la juventud, la ciudad del oro, el reino de las esmeraldas, el país de la canela. Y retrataron a los americanos tal como antes habían imaginado a los paganos de Oriente.

Cristóbal Colón vio en las costas de Cuba sirenas con caras de hombre y plumas de gallo, y supo que no lejos de allí los hombres y las mujeres tenían rabos.

Eduardo Galeano, in *Brecha*, 7 de octubre de 2005

DOCUMENT 3



Lithographie de Currier & Ives (1892), copie d'un tableau de Dióscoro Puebla, peintre espagnol, "Primer desembarco de Cristóbal Colón en América", 1862